

CAPÍTULO VII

NUESTRA COMITIVA LLAMA LA ATENCIÓN DE LOS MEXICANOS—LLEGADA Á MEZQUITIC—RUINAS ANTIGUAS—FUENTE TERMAL SULFUROSA—LOS TEPECANOS—UN ENAMORADO—BUSCADORES DE JÍCULI—SU PEREGRINACIÓN—CONFESIONES—EL SAGRADO YACUE—RESISTENCIA DE LOS PEREGRINOS.

DESDE la cumbre de la montaña divisamos á Mezquitic sobre la margen oriental del río, cuya corriente es casi insignificante en aquel punto. El pueblecillo, con sus presuntuosos campanarios, casi parece una ciudad á distancia, aunque sus habitantes, en mayoría pobres, no exceden de mil quinientos. Su nombre, de origen azteca, significa "entre los *mezquites*" (mizquitl); y la palabra huichola con que se le designa tiene el mismo significado.

En una pequeña rancharía de sus alrededores, encontramos á dos mujeres extraordinariamente sorprendidas de nuestra comitiva, quienes nos siguieron gritando: "¡Díganos que es esto, señor, y qué hay en las cajas que llevan las mulas!" Yo había pasado ya cuando ellas llegaron, y como no veía motivo alguno para no satisfacer su natural y casi excusable curiosidad, dejé que mis dos mexicanos les contestaran, y seguimos adelante. Pero aquellos tunos evidentemente les dijeron cosa muy diversa de la verdad, pues las pobres mujeres, que con alborozo veían cualquiera cosa que interrumpiera la monotonía de su vida, quedaron muy poco satisfechas con la respuesta. Es regla inviolable entre los arrieros mexicanos no decir lo que llevan, á quienes se lo preguntan, ó bien contestar con evasivas, negándose aun á informar á donde van ni de donde vienen, hábito

que se debe al estado de inseguridad que ha prevalecido durante siglos en todo el país y que sólo ha cesado recientemente.

Pasamos frente á muchas siembras de maíz muy bien dado, y el 9 de setiembre, quitando la tranca inferior de una puerta de campo para que pudieran pasar mis mulas con sus voluminosas cargas, entramos á Mezquitic. Instaléme en el mesón y después de lavar, como acostumbrábamos, y curar el lomo de los animales, tomé una buena comida en la cocina. Era una felicidad descansar sin depender ya de mis inconstantes huicholes, y aunque mi alimentación fuese allí de lo más frugal por no haber verduras frescas, el cambio era muy agradable en comparación á los rudas molestias del año anterior. El clima es malsano y el calor que en verano se siente, antes de presentarse las aguas, dentro de aquellas encaladas paredes de adobe, es semejante al de un horno; pero por lo demás, la gente es en extremo bondadosa y atenta. Asegúrase que allí no se conocen los ladrones.

La dificultad más urgente para mí era encontrar quien me cambiase un cheque; pero habiéndolo conseguido del *Director Político*, pagué mi gente, quedándome sólo con Pablo, Carrillo, su yerno y una cocinera, que podían serme útiles para emprender algunas excavaciones en las cercanías ó desempeñar los trabajos necesarios.

Arreglé en mi cuarto mis colecciones, las cuales formaban casi un museo que llenaba de sorpresa á los mexicanos, porque no suponían que tuvieran los huicholes tantas y tan bonitas cosas. Ni el Obispo de Zacatecas, me decían, había podido conseguir un sólo escudo ceremonial, de los que yo llevaba tantos, en una visita pastoral que había hecho á los huicholes hacía diez y seis años.

Llegaron una vez á Mezquitic, procedentes de Santa Catarina, unos indios que iban á comprar velas, pan y chocolate para una fiesta pluvial. Fueron á visitarme, y

al mirar los tecomates votivos, pusiéronse á llorar conmovidos y á dirigir en alta voz súplicas á los dioses á quienes estaban dedicadas dichas vasijas. Sin duda ninguna, hubieran querido llevárselas, pero como era imposible, se conformaron con sacar de ellas el mayor bien posible, y cada uno de los indios fue dejando en la jícara al retirarse un centavo de ofrenda para la Diosa de las Nubes Orientales. No les había llovido lo bastante!

Existen antiguas ruinas en el valle de Mezquitic, así como en los alrededores, especialmente al este y sureste, consistentes en huellas de casas y aldeas, montículos, etc. En Monte Escobedo compré posteriormente algunas grandes puntas de lanza y de flecha, labradas en obsidiana, las cuales se habían encontrado con algunos esqueletos, á profundidad de diez varas, en el interior de una cueva. Al norte, cerca de Valparaíso, supe que se habían hallado en la margen del río grandes jarros de boca relativamente pequeña, llenos de huesos humanos. Hay asimismo una espaciosa cueva junto á Colotlán, de donde se han sacado muchas pequeñas piezas de alfarería, entre las cuales se cuentan algunos jarritos especialmente interesantes. Allí encontré á un mexicano que llevaba atados á su ceñidor un par de huaraches antiguos, en la creencia de que mientras los guardase consigo no le faltaría que comer.

Contando con la falta de cajones, comencé con anticipación á empacar mis colecciones para transportarlas á los Estados Unidos, y una vez terminado este trabajo, salí del pueblo acompañado de mis cuatro indios para hacer una exploración abajo del río. El primer pueblo á que llegué fue Nóstic, nombre corrompido del azteca *Nóchtic* "donde hay *nochtli*" (la tuna ó fruto del nopal). El nombre tepecano del mismo lugar, Návтам, tiene el mismo sentido. La mayor parte de los indios que residen allí son aztecas que han olvidado, desde hace largo tiempo, su lengua nativa, y son indolentes y perezosos.

Pronto atrajeron á mucha gente los rumores que corrían acerca de mi persona y proyectos de excavaciones, suponiendo todos, por supuesto, que mi propósito era buscar oro y plata, por lo que me hacían muchas propuestas á ese respecto. Había quienes me asegurasen que frecuentemente se veían por la noche, en las faldas de las montañas y en algunos lugares del antiguo pueblo, luces que delataban la existencia de minerales y tesoros enterrados, según creencia común entre los mexicanos. Una viuda me mandó decir que había probabilidades de encontrar dinero en el patio de su casa, donde se oían á veces lamentos y ruidos de cadenas que suponía procediesen del alma de su marido que venía al mundo para ver su dinero, pues había sido un rico que había enterrado su capital, y muerto sin decir á nadie donde lo dejaba. Todos creían que el dinero debía encontrarse en aquel patio, y deseaban tener un convenio conmigo para buscarlo y dividirnos lo que encontrásemos.

El fondo del Valle de Mezquitic tiene de siete á ocho millas de ancho y es muy fértil. Se estrecha como á quince millas al sur del pueblo, y las montañas acaban por formar un angosto cañón debido al cual el camino cruza el río innumerables veces. Más abajo y sobre el mismo río, se encuentra la conocida mina de Bolaños. Levanté mi campamento escasamente á un cuarto de milla de una copiosa fuente sulfurosa, llamada Agua Caliente, que se halla sobre el banco oriental del arroyo, al pie de un peñón casi perpendicular como de mil pies de altura. Dicho manantial ha gozado de gran fama, durante los últimos cincuenta años, en cuanto á sus virtudes curativas. Se han formado presas y construído algunas casuchas para los enfermos que van á bañarse de enero á abril. De cuando en cuando ruedan de lo alto de la roca algunas piedras que se desprenden y hacen un tanto inseguro el establecimiento balneario, por lo menos durante las aguas. Dícese que se han curado allí en nueve días algunos casos de sífilis y

otras enfermedades cutáneas, y con que sean exactas la mitad de las curaciones que se refieren, debe tener aquella agua grandes efectos medicinales. Los baños se toman dos veces al día. El agua, que es muy clara, deja un sedimento amarillo, y es tan caliente que apenas se puede sumergir en ella la mano. El sudor que produce, sobre todo bebiendo uno ó dos vasos, es aterrador, como yo mismo pude comprobarlo. Me han asegurado que algunos enfermos se desmayan en el baño antes de acostumbrarse á su temperatura, y lo creo sin la menor dificultad.

Mientras estuve por ahí, hice excavaciones en varias cuevas sepulcrales de las cercanías, y encontré varios objetos que parecen pertenecer á los indios tepecanos. Era mi intención avanzar más abajo del río para ver á estos indios en un pueblo llamado Alquestán, nombre que debería pronunciarse Asqueltan y que significa "donde hay *asqueles* ó *asquiles*" (hormigas pequeñas). El nombre primitivo del lugar es Totonaltán, que quiere decir lo mismo. Pero tuve que desistir de mi proyecto, porque no me sentía bien por entonces. Logré, sin embargo, que tres individuos de la tribu fuesen á verme. Iban vestidos como acostumbran los trabajadores de México, eran todos indios civilizados y parecían comunicativos y vivos de genio. Tomé sus fotografías, recogí algunas palabras de su lengua, que es una rama ó dialecto de la gran familia náhuatl, y asenté algunas notas relativas á aquella tribu que se da el nombre de "El Pueblo" (Xumátcam). Los huicholes, al hablar de ellos y de los tepehuanes los llaman *Huáculi*, nombre que aplican también á una montaña próxima á la ciudad minera de Catorce; pero el nombre completo del cerro es, por supuesto, "El Hermano Mayor Huáculi."

Según me informaron, los tepecanos tienen ahora solamente dos pueblos, de los cuales el más importante es Alquestán. Aunque los adultos hablan todavía su lengua materna, tan fácilmente como el español, los niños van

perdiendo rápidamente la primera debido á que residen en el pueblo muchos mexicanos. Según me contaron los indios que fueron á visitarme, habían visto, cuando eran chicos, que los hombres y las mujeres usaban el cabello en una trenza, y que los hombres se ponían calzoneras (*zapeta*); pero que los vecinos eran cada día más poderosos y á menudo destruían las flechas y emblemas sagrados que depositan los indios en las cuevas de la montaña.

Los tepecanos veneran mucho á las montañas, les ofrecen sacrificios de jícaras, flechas y cuentas de vidrio, y, para pedirles algún favor, ayunan severamente y las visitan cinco días consecutivos. También reverencia la tribu una cabeza humana, esculpida en lava volcánica. Otra de sus prácticas es tener grandes culebras para cuidar sus huertas, pues creen que cuando la serpiente golpea el suelo con la cola, da con ello muestras de su vigilancia, y aleja á los ladrones y cualquier otro daño. Cada *shaman* tiene en su casa una culebra domesticada, y cuando necesita saber algo, la coge, le pone la cabeza vuelta al oriente y le habla para que conteste de las cuatro regiones del mundo. Los tepecanos conservan todavía sus fiestas, pero las celebran secretamente para que no los ridiculicen sus vecinos. Deben todas ser precedidas de un riguroso ayuno, y son las siguientes: la fiesta del maíz tierno, en setiembre; la del pinole, el 5 de enero, y la fiesta relacionada con la plantación del maíz, que se celebra en abril. La última se repite hasta que llueve. Colócase en el altar (*tapexte*) una gran jícara votiva adornada de cuentas de vidrio y llena de capullos de algodón, bajo los cuales hay algunas piedras preciosas, que mis informantes llamaban significativamente *chalchihuite*, en tepecano *capacsósum*. Usan también el sagrado jículi y lo llaman con el mismo nombre. Hasta hacía tres años, iban ellos mismos en busca de dicha planta, pero ya entonces la compraban á los hui-

choles, bien que algunas veces la sustituyen con una especie de cáñamo llamado *mariguana* ó *rosa maría* (*Cannabis sativa*), terrible narcótico cuyas hojas acostumbran fumar en México los criminales y otra gente depravada.

Antiguamente se cambiaban hospitalidad entre Alquistán y Nostic con motivo de las fiestas. La religión de la tribu es evidentemente muy análoga á la de los huicholes, y usan también ojos de dioses y otros objetos simbólicos, con muchas cosas más que ofrecieron enseñarme si iba á visitarlos.

En tiempos recientes, muchas familias de la tribu han emigrado hacia abajo del río por la escasez de lluvias y las malas cosechas consecuentes, y me dijeron que habitan en cavernas, en desastrosa desmoralización y miserable estado.

Á mi regreso á Mezquitic, á fines de octubre, permití á Carrillo y á su yerno que fueran á su tierra porque estaban deseándolo ansiosamente, indicándoles que se llevaran á mi cocinera, en virtud de que podría haber necesidad de ella, pues se acercaba una fiesta cristiana y la mujer era *tenancha*, ó sea una especie de sirvienta de la iglesia; mas como ella se negara de hecho á separarse de su amante, tuvo Pablo que acompañarla. Me ofreció que volvería, á lo que los mexicanos, viendo mi fe en él, me decían riendo este proverbio: "Los indios, los pájaros y los venados cuando se van, se van;" pero pasados cinco días, aquel extraordinario huichol regresó después de cumplir lealmente su misión. Dejó á su novia al otro lado del río, con suficientes provisiones, y se volvió á toda prisa. "Lloraba muchísimo," me decía, sin parecer afectado en lo más mínimo, y quizás me pesaba á mí más que á él la marcha de la mujer. Acaso tenía razón, pues dos meses más tarde, al volver á reunirme en San Andrés tras unos días de separación,

me contó que la había visto con otro. Dos veces, durante mi estancia en Mezquitic, fui visitado por huicholes que andaban en busca de jículi, pues emprenden sus viajes con tal objeto en los meses de octubre y noviembre. Todos andaban extraordinariamente sucios, porque el culto de la sagrada planta les prohíbe lavarse. Estaban igualmente muy fatigados y extraordinariamente hambrientos, por lo cual me agradecieron mucho la comida que les proporcioné. Cuando ha terminado la estación lluviosa y se ha cumplido debidamente con las celebraciones que tienen por objeto las cosechas de calabzas y maíz, la tribu dirige su atención al lejano genio protector de su país, al pequeño cacto llamado jículi (Vol. I, pág. 356). La localidad en que se recoge esta planta no se halla lejos del mineral de Real de Catorce, en el Estado de San Luis Potosí. Para ese viaje, que exige cuarenta y tres días, se envían cuadrillas de cada uno de los principales templos. Es difícil en ocasiones para algunos distritos organizar la expedición, á causa del severo ayuno y de las restricciones que se imponen, especialmente al jefe; pero basta generalmente para que un indio se someta á las privaciones requeridas, la seguridad de los beneficios que le vendrán en forma de lluvia, buenas cosechas, salud y larga vida, todo lo cual es suficiente incentivo para su patriotismo.

Constan las comisiones, de ocho á doce personas. Antes de ponerse en marcha para su peregrinación, se bañan y se dirigen al templo, donde ellos y sus mujeres duermen esa noche. Por la mañana, los hombres elevan muchas rogativas, en pie y al rededor del fuego, provistos de sus bultos, arcos y flechas. Algunos atan colas de ardilla gris á las copas de sus sombreros, y todos llevan bolsas de tabaco, que son parte esencial de los avíos de quien, por el hecho de ir á buscar jículi, asume carácter sacerdotal. Se escogen especialmente para tal propó-

sito, los bules pequeños y redondos, siendo los más valiosos los que tienen muchas excrescencias naturales. Cada guaje, provisto de cordel y tapón, se lleva colgado del hombro. Puede cargar un solo individuo hasta cinco de tales tabaqueras que van golpeándose al andar, y algunas contienen un poco de tabaco, pero las demás van vacías. Los comisionados sacrifican cinco tortillas al Fuego y se rocían unos á otros la cabeza con agua en que se han echado ciertas yerbas, usando de colas de venado para aspersorios; se despiden en seguida de



Jiculeros huicholes.

sus mujeres, sentándoles la mano derecha sobre el hombro izquierdo y diciéndoles: "Adiós. Nos veremos," y hombres y mujeres se ponen á llorar. Cargan en las mulas unos huacales suspendidos á uno y otro lado del animal, destinados para los cactus, pero en que, por de pronto, llevan tortillas para el viaje. Se designan cuatro capitanes, para que vayan dos al frente y dos á la retaguardia de la comitiva, representando el primero al Abuelo Fuego, nombre con el cual se le designa. Lleva éste en su bolsa los útiles para producir el fuego y sólo á él está encomendado tal deber en todo el camino.

su mujeres, sentándoles la mano derecha sobre el hombro izquierdo y diciéndoles: "Adiós. Nos veremos," y hombres y mujeres se ponen á llorar.

Cargan en las mulas unos huacales suspendidos á uno y otro lado del animal, destinados para los cactus, pero en que, por de pronto, llevan tortillas para el viaje. Se

Parten los peregrinos uno tras otro, y entre tanto, queda en el templo uno de los indios principales, siguiéndolos constantemente con el pensamiento día por día, para lo cual tiene una cuerda con tantos nudos como días durará el viaje, y el jefe principal de la expedición va también provisto de la suya. Por cada día que pasa, se desata un nudo, y como los viajeros siempre se detienen en los mismos lugares, se conservan en contacto mental con su pueblo á salvo de accidentes. Cuando vuelven, cada uno de ellos se da con la cuerda dos vueltas por la espalda, una en cada pie, y otra alrededor del cuerpo y abajo de cada rodilla, todo lo cual hacen dentro del templo, en tanto que el que se ha quedado en espera hace lo mismo con la suya. En seguida queman las cuerdas.



Tabaquera sacerdotal.
Anchura, 10.7 cm.

Contribuyen las mujeres á la seguridad de sus maridos, mientras dura la expedición, con no caminar nunca de prisa, ni mucho menos correr. Ellas también ponen cuanto pueden de su parte para asegurarse las ventajas que se esperan del viaje, sujetándose á restricciones semejantes á las impuestas á sus maridos, y desde ese tiempo hasta que se celebra la fiesta, lo que bien puede durar cuatro meses, ni unas ni otros se lavan, á no ser en ciertas ocasiones y únicamente con agua de la tierra del jículi; ayunan mucho, no comen sal y observan estricta continencia.

Quien infringe la regla es castigado con enfermedades y pone además en peligro los resultados que todos aguardan. La salud, la felicidad y la vida deben ganarse recogiendo jículi, la planta en que bebe el Dios del Fuego; pero como éste no puede favorecer á los impuros, no